

Castillo de naipes

Relato premiado en el I Certamen
"Libre Mente" de la asociación AGIFES

Ignacio Villagrán

Aún queda un rato para que den las ocho. Miro de reojo el despertador mientras repaso lo que he de hacer durante el día. Cosas de Carlos, mi psiquiatra: Para cuando te despiertes, debes tener planificada tu actividad diaria. La facilidad con la que te recuperes dependerá en gran medida de tu autodisciplina. Desde que comencé la terapia sigo a rajatabla sus indicaciones. Nada más levantarme dedico un rato a repasar mi particular agenda: afeitarme, ducharme, preparar el café y ver si tengo algún encargo de Amaya. Esas breves notas que ella me deja pegadas en la puerta del armario forman ya parte de mi rutina diaria. Si quieres luchar contra tu anarquía interior, has de poner en orden tu entorno más próximo. Otra vez Carlos. Es como una segunda voz que sale de alguna parte oculta de mi cerebro para recordarme lo que he de hacer o he de evitar hacer.

* * *

Todo comenzó hace ahora dos años. Recuerdo que me sentía extrañamente cansado. No entendía por qué llegaba siempre agotado del despacho, por qué me crispaba por nada y era incapaz de soportar las risas de mis hijos cuando jugaban. Algo inexplicable me estaba ocurriendo. En medio de una continua sensación de angustia, un cúmulo de pensamientos negativos aparecía y desaparecía a lo largo del día, impidiéndome trabajar, disfrutar de mi familia o llevar una vida normal, como lo había hecho hasta entonces. De ser un hombre seguro de mí mismo, me había convertido en un tipo acomplejado e indeciso.

* * *

Miro de nuevo el despertador. Sólo ha transcurrido un minuto. En este duermevela tengo la sensación de que el tiempo se detiene y permanece flotando en un espacio etéreo, donde los segundos se convierten en horas y un instante puede llevarme a la eternidad. Curiosa paradoja.

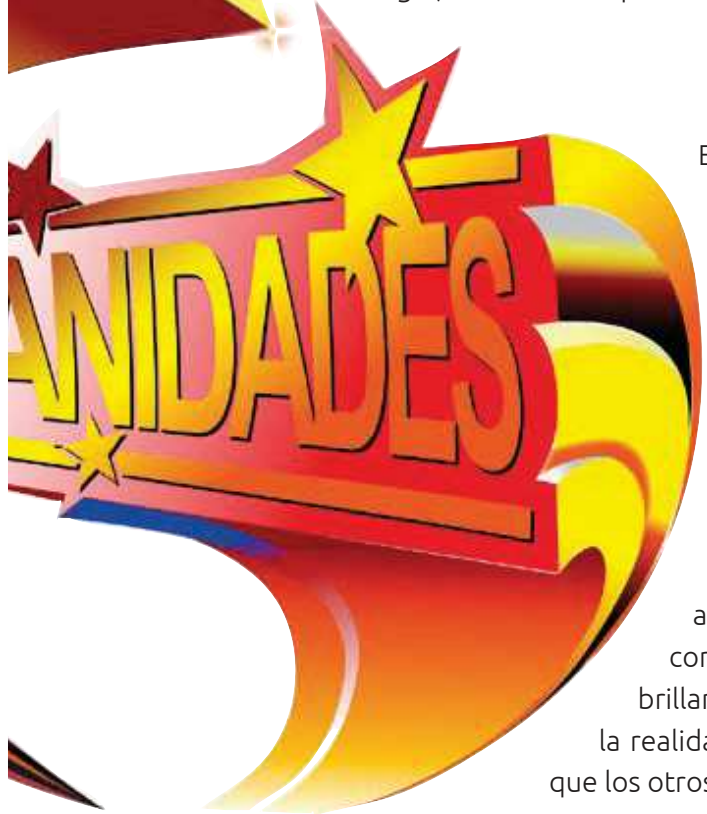




La cosa empezó a complicarse cuando tenía que preparar los juicios. Un pánico escénico me invadía por dentro, lo que era inconcebible después de tantos años de profesión. Había días en que acudía al trabajo con la obsesión de que los jueces se habían confabulado contra mí para hacerme perder los casos; otros días me despertaba pletórico, con una euforia desbocada que sembraba el desconcierto en el bufete. Y es que cada vez eran más frecuentes los cambios de un estado a otro. Después de un periodo de exultante actividad me daba por aislarme, por no hablar con nadie, por tomar todo tipo de precauciones. Porque yo estaba convencido de que alguien me seguía, de que alguien pretendía hacerme daño. Instalé un grabador telefónico en casa cuando ya apenas recibía llamadas.

Al final, ese continuo tránsito de la euforia al hundimiento fue lo que terminó conmigo. Yo iba de mal en peor y tuve que acudir a un médico. El diagnóstico me sonó a música celestial. No te lo tomes a broma, aseguró Carlos con cara de circunstancias. Después del verano caí en picado. Y allí seguí, en un oscuro pozo del que me era imposible salir.

* * *



El vecino del tercero se acaba de levantar. Oigo cómo cierra la puerta del baño. Unos segundos después se oirá el grifo de la ducha y más tarde el exprimidor eléctrico. Escucho atento los sonidos, que se suceden con una cadencia perfecta y me pregunto qué ocurriría si todo en la vida tuviera que seguir el dictamen de un imaginario compás musical que marcara siempre un ritmo constante y metódico. Tal vez Carlos tenga razón.

Mi integración en el módulo no hizo más que empeorar las cosas. Yo me negaba a aceptar la situación, me resistía a admitir que estaba tan afectado como el resto de mis compañeros de grupo. Porque aquello no le podía ocurrir a un brillante abogado con la cabeza bien amueblada. Y sin embargo, la realidad me demostraba día a día que yo me comportaba igual que los otros, que sufría las mismas angustias y los mismos temores.

No sé cómo llegué al sanatorio. Sólo recuerdo que desperté en una habitación de paredes blancas, donde no había más que una mesilla de hospital y una pequeña butaca en la que alguien había colocado mi bata. Me levanté y me acerqué a la ventana: al fondo, el Andatza se ocultaba tras una niebla espesa que ascendía

desde la ribera del Oria. Junto a la entrada de la casa reconocí la carretera que conduce a la ermita de San Esteban. La memoria me hizo retroceder veinte años en el tiempo: aquella noche de agosto sonaban en la verbena los acordes de Izarraren Lorratz. Aquella noche de agosto conocí a Amaya.

La estancia en el sanatorio se me hizo interminable. Noches de insomnio y de silencio, sin otra compañía que el sordo runrún de la fábrica de mármoles. Mis pensamientos me llevaban a ahondar en mi pasado, tratando de encontrar una respuesta a aquella situación en la me encontraba. Tenía una familia a la que quería, había triunfado en mi profesión y no me faltaba nada de lo que había anhelado en la vida. ¿Entonces? Sí, los médicos me habían dicho que estaba predispuesto a ello, que mi enfermedad era un trastorno biológico y que su origen no podía achacarse a ninguna otra causa. Pero algo más tuvo que haberme ocurrido, algo que pudo actuar como detonante. En la fría soledad de aquellas cuatro paredes vislumbré vagamente algunas respuestas. Volví la vista atrás y descubrí que mi mundo no era más que un puzle compuesto de piezas malamente encajadas, un puzle que terminó deshaciéndose en mil pedazos.

* * *

Empieza a oírse el griterío de los niños del piso de al lado. Ya no me molestan. Me reconforta pensar que solo un fino tabique me separa de ellos y del resto del mundo; un tabique que antes era un muro insalvable.

* * *

Tras mi recuperación tuve que enfrentarme a la realidad. Me reincorporé al bufete convencido de que nada había cambiado. Y me equivoqué. Carlos ya me lo había advertido. Mi socio no pudo ser más elocuente. Tras aquella aparente hospitalidad, aquel gesto de aquí no ha pasado



nada, pude leer en su mirada un mortífero ya nunca serás el mismo. Volví a casa y tardé un tiempo en digerir todo aquello. Y de nuevo fue Amaya quien me ayudó a salir adelante. Porque aquel afamado bufete de abogados no era mi lugar y quizás no lo había sido nunca. ¿A qué había dedicado entonces mi vida?: a erigir un castillo de naipes que se desplomó al primer amago de viento; un castillo de naipes cimentado sobre un mundo de efímeros triunfos y de vanidades. Y también de vacíos y de soledades.

No me costó abandonar el bufete. Lo estaba deseando. Y me uní a la Asociación. Allá perdí el miedo a reconocer mi enfermedad, a superar mis complejos y tabúes. Allá descubrí también los perjuicios de una sociedad que aún no ha terminado de aceptar que el dolor del espíritu es el peor de todos los males; un dolor que no atiende a razones y que arrasa con todo lo que encuentra a su paso; un dolor que no respeta sexos, ni edades, ni cánones sociales o maneras de entender la vida.

Se vislumbran cambios y empieza a verse un horizonte de esperanza. Pero queda aún mucho trabajo por hacer. Por eso decidí aportar mi esfuerzo para luchar contra este

injusto estigma que tanto nos ha marcado; una lucha ardua y laboriosa por recuperar nuestra dignidad.

* * *

Al fin oigo el despertador. Escucho la canción que suena en el dial. Pero hoy es diferente. Mi ánimo no se mueve ya a los sonos de una melodía aséptica que nunca te dice nada ni te lleva a ninguna parte. No, hoy va a ser todo distinto. El café me sabrá mejor que nunca, me pondré la camisa que me ha regalado Amaya por mi cumpleaños y no me importará que el vecino del primero me siga mirando raro. Habíamos quedado en que tienes que huir de tus neuras, me diría ahora Carlos. Luego saldré feliz a la calle. En la Asociación comparto despacho con la trabajadora social. Me costará ponerme al día, pero no me importa. Hace tiempo que mi castillo de naipes voló por los aires. Ahora me afano en apuntalar mi vida y voy a conseguirlo.

Ilustraciones: Iñaki Legorburu Ayestaran

